



Espiritualidad cristiana en la familia

Al comienzo de la vida espiritual, se intenta sobre todo amar a Dios; al término se comprende que basta dejarse amar por Él.

Jean Lafrance, sj. (1931-1991)

Por ANA MARÍA BALDRICH

Con el próximo 18 de febrero, “Miércoles de Ceniza”, los católicos damos inicio al tiempo de Cuaresma, tiempo en que la liturgia de la Iglesia nos invita, de forma especial, a una seria reflexión y conversión de aquellas maneras, de pensar y actuar, que nos alejan o apartan del camino que Dios nos propone para lograr una vida plena de felicidad y paz interior.

Cuarenta días de examen personal y comunitario, tiempo para hacer morir con Jesús todos nues-

tros egoísmos, rencores, nuestra falta de esperanza y amor...en fin, todo aquello que arruina nuestras vidas; y muy probablemente, las de los que nos rodean; resucitando con Cristo a un nuevo proyecto de existencia que nos hace crecer como personas, que nutre nuestra espiritualidad, fortaleciéndola, y nos devuelve la paz.

En este proceso de reflexión y conversión, en este tiempo cuaresmal, nuestra espiritualidad determinará la profundidad del proceso, el cual debe ser permanente en la vida del cristiano; pero que

en la etapa cuaresmal toma tintes especiales, al meditar, cómo perjudicamos o podemos destruir esa vida que Dios sueña para sus hijos. Hablemos, entonces, de la espiritualidad

Espiritualidad cristiana

La palabra “espiritualidad” deriva de “espíritu”. En la mentalidad común y corriente, el espíritu se diferencia y hasta se opone a la materia. Una visión derivada del pensamiento griego planteó una concepción dualista de la persona

humana y del mundo: materia—espíritu; cuerpo—alma; tiempo—eternidad; tierra—cielo. Los dos elementos no sólo se distinguían sino que se contraponían.

Esta comprensión y vivencia de lo espiritual es ajena al pensamiento ancestral de la Biblia. En el pensamiento bíblico el espíritu no se opone a la materia, ni al cuerpo. En este contexto, espíritu significa vida, libertad, fuerza, dinamismo, autenticidad. El espíritu no es algo que está fuera y opuesto a la materia o al cuerpo, sino algo que **está dentro; es lo interior y profundo** que habita el cuerpo. El espíritu es el principio vital de las personas.

Superada la visión del hombre dividido en dos polos antagónicos, y asumiendo una comprensión más unitaria y profunda, propia del mundo bíblico, podemos decir en una primera aproximación que, el espíritu de una persona es lo más profundo de su ser, **sus motivaciones más profundas y arraigadas, sus ideales, aquello que inspira su vida**. La pasión y la mística por las cuales vive y lucha, y con las cuales es capaz de contagiar a otros: es como **el principio vital que lo mueve**, lo impulsa desde dentro.

Afirmar que el ser humano es un “ser espiritual” significa que el hombre y la mujer son algo más, mucho más que su existencia o “vida biológica”, que en ellos hay una cualidad de vida superior a la de un simple animal o ser material. Ese algo, más esa realidad profunda, misteriosa; pero real, reconocida y afirmada en tantas corrientes filosóficas y religiosas, es lo que designamos como espíritu y espiritualidad.

El espíritu es, pues, la realidad más profunda del ser humano en búsqueda de sentido, sin la cual no podría hablarse de persona humana.

Toda persona, de una u otra manera, deberá optar por un punto fundamental de referencia, sobre el cual construir su existencia y armar todas sus decisiones, y su toma de posición frente a la realidad que lo rodea. Es lo que se llama **opción fundamental** y en ella aparece la **dimensión religiosa**, porque en esa opción fundamental define el valor que coloca en el centro de su vida, y orienta la totalidad de su existencia y de sus elecciones, cual es su Dios o su dios (dinero, prestigio, fama, la apariencia, la droga, el sexo, entre otros).

Una de las consecuencias más importantes del estilo de vida actual es la **pérdida de vida interior**. No faltan los que consideran algo inútil y superfluo, o que no vale la pena prestarle atención. Son personas que organizan su vida desde el exterior o desde la superficie, por lo que se aparenta y lo que se ve. Van pasando la vida sin percibir a los otros, aunque estén constantemente en relación con ellos, sin relación viva, ni consigo mismo, ni con los demás, ni con Dios, poco a poco van cayendo en la trivialidad y el empobrecimiento personal.

Esa carencia de espiritualidad impide a muchos construir su vida de forma auténtica y gozosa. Unos maquillan solo su fachada exterior pero por dentro están vacíos. Otros desarrollan un “yo” aparentemente fuerte y poderoso, pero falso, ellos mismos saben en lo secreto de sí mismos que su vida es apariencia y ficción.

La revelación de Dios en Jesucristo da una nueva luz y una profundidad y sentido insospechados a la espiritualidad humana. La fe nos descubre un sentido propio y da un significado nuevo a la vida, a la historia y al mundo. Dios no sólo creó el mundo y sólo hizo de él y de la historia el escenario de su revelación y acción salvadora; no sólo creó el ser humano e hizo

de él el principal protagonista de la historia, sino que quiso comunicarse al ser humano auto donándose a sí mismo. No sólo se reveló a través de la mediación de la creación, de la voz de la conciencia, de las interpelaciones de la historia, de la riqueza espiritual de las culturas, sino que quiso revelarse a la humanidad directa y personalmente en la persona de Su Hijo Jesucristo.

Los cristianos creemos que, en Jesús, Dios pronunció su Palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazaret, nacido de mujer (Ga 4,4) habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad (Col 1, 15-20). En él Dios se reveló como AMOR. En Él nos reveló el sentido y el fin de la existencia, y de la historia, la plena instauración del Reino. En Él la persona encuentra la causa y los motivos para vivir, para convivir y para entregar la propia vida.

A partir de este acontecimiento único e irrepetible, la principal tarea y al mismo tiempo desafío para nosotros, los cristianos, consiste en comprender y vivir correctamente nuestra relación con Cristo, de quien recibimos el nombre.

En los Evangelios, el ser cristiano se define por la relación absoluta con la persona de Jesús y a su seguimiento. **Por lo mismo, la espiritualidad cristiana es la espiritualidad del “seguimiento de Jesús”**. Es espiritualidad porque la persona de Jesús y su seguimiento, su proyecto de salvación, la instauración del Reino de Dios y su justicia en el mundo, son la motivación, el impulso, la causa para la cual el cristiano vive y lucha, es su opción fundamental y el sentido de su vida.

Pero la espiritualidad cristiana no es un vestido sin forma o igual



para todos. Es un modo personal de entrar en la perspectiva de Jesús, cada uno a su manera. La radicali-

dad del Evangelio se vive dentro de las estructuras de la economía, el trabajo, la política, de la propia familia. El modo de conocer y seguir a Jesús progresa, camina, crece dentro de la realidad del mundo que nos rodea. Es estar en camino con todos los demás, y conscientes de esto buscar la santidad. Y con esta conciencia vivir hasta el final la responsabilidad de ser laicos, comprometidos con el crecimiento de nuestra propia familia y de la sociedad a la que pertenecemos; en fin, pertenecer a la historia en su dinamismo diario. Un laico que se sintiera como prestado en la realidad, traicionaría su propio modo de conformarse con Jesús.

Espiritualidad conyugal

El amor es necesidad fundamental del ser humano, ya que creado por Dios que es AMOR (I Jn 4, 8) a su imagen y semejanza, está inclinado naturalmente al amor y a la felicidad. Aunque muchas veces este amor está adulterado y oscurecido, retoña una y otra vez en nuestro suelo. De niño, adolescente, maduro y anciano, todos llevamos dentro esta necesidad, y todos tenemos experiencia gozosa del amor.

En el amor humano entre personas (filial, paternal, amistoso, etc.) se proyecta el amor entre el hombre y mujer que, desde su modalidad sexual y en la integración de la misma se deciden a crear esa comunidad de vida que llamamos familia.

Se trata de ese amor humano, entre personas. Participa del dinamismo del amor verdadero: entrega gratuita de sí mismo, afirmación cálida a favor del amado, escucha profunda del otro, anhelo

de fusión con el amado, afirmación del amado y respeto por él; entre otros, pero hay un elemento particular: la sexualidad vivida e integrada de modo especial en el matrimonio. Ese amor que con el tiempo debe madurar en amistad y apunta hacia un porvenir sin término: la fidelidad.

El concilio Vaticano II dedica un capítulo de la *Gaudium et spes* (No. 47 – 52) a la «dignidad del matrimonio y de la familia». En un apretado resumen esta Encíclica nos dice:

- El matrimonio tiene como centro el amor mutuo entre hombre y mujer, «Mutua entrega de personas»

- Este amor busca la comunidad en que se verifica, se realiza y se perfecciona. Es decir: con la unión íntima de sí mismas y de sus actividades se ayudan y se sostienen mutuamente, adquiriendo cada día más conciencia de su unidad, estando ordenado por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole.

- La Iglesia declara que el matrimonio es una realidad humana y secular; independientemente de formas culturales y creencias religiosas: «fundada por el Creador y en posesión de sus leyes propias, por tanto conlleva fidelidad conyugal y unidad indisoluble».

- El amor entre un hombre y una mujer bautizados, que se confiesa y celebra en la fe cristiana y en la comunidad creyente, es un sacramento. «El Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos *por medio del sacramento del matrimonio*»

Cuando una pareja celebra su experiencia de amor en la fe de Jesucristo, Dios mismo se compromete con ellos y les presta continuamente ayuda para realizar cada día su proyecto comunitario «imbuidos del espíritu de Cristo»

La espiritualidad conyugal para los que se casan «en el Señor»

radica en realizar su matrimonio conforme a las actitudes fundamentales de Jesús: re-creando su historia en la comunidad familiar y respirando su mismo espíritu. Esta vida según el espíritu de Jesús se traducirá prácticamente en: gustar y promover la verdad interior del amor.

Quien ama verdaderamente, sale de sí mismo continuamente, sin retorno. Se dedica al otro prodigándole atenciones y cuidados; el amor fructifica en la comunidad de personas, que responde bien a la condición sexuada del ser humano, y determina de algún modo las relaciones conyugales; esta es la verdad interior del amor.

En el matrimonio cristiano los cónyuges, en el seguimiento de Jesucristo, que dejó sentado el código y distintivo para la conducta cristiana: «igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros» (Jn 13, 34) deben hacer realidad este amor en sus relaciones.

Esa opción lleva siempre más allá. Como Jesús, los esposos deben estar dispuestos a perder recursos, seguridad y prestigio, incluso dar la vida por el amado. Una respuesta valiente a esa vocación revestirá también muchas veces la forma de cruz, que es el sello de quien sigue a Jesucristo de verdad (Mc 8, 34).

También el amor de los cónyuges debe afirmar y promover a la persona del amado, no tanto por lo que éste tiene y puede aportar, sino por lo que es, por su condición de imagen e hijo de Dios. Ese amor provoca una vuelta del hombre hacia el hombre, con esa libertad que da el verdadero amor.

Dentro del matrimonio los cónyuges tendrán que dar todos los días algo vivo de lo que hay en ellos, para que crezca la comunidad familiar de personas libres.

A la hora de proyectarse mediante la procreación, los esposos creyentes se saben «colaboradores de Dios» en la transmisión de la



vida. Guiados por esta espiritualidad no deberán ser ni irresponsables, ni egoístas.

Los cónyuges que siguen a Cristo están llamados a un compromiso en la *transformación de la sociedad*, un compromiso que se hace real entrando en la historia de cada día, en los problemas del barrio y la justicia, codo a codo con todos los hombres de buena voluntad, por su fe los cónyuges deben ser abiertos y solidarios.

Otra característica de los cónyuges que viven su amor en Cristo es la fidelidad perpetua. El amor bendecido por Dios tiende a lo definitivo: en su deseo revela cuál es la voluntad del Creador y la fe cristiana ilumina y hace posible esta verdad del amor fortaleciendo el corazón de los cónyuges con la gracia. Ello los lleva a escoger la fidelidad mutua como una vocación, pero que ha de ser creativa, como tarea siempre nueva, que se ha de concretar cada día. Como el amor, la fidelidad conyugal debe ser vida como gracia de Dios que renueva y mantiene la juventud, la disponibilidad a favor del otro, la capacidad de cambiar y de reemprender el camino de la novedad evangélica.

Espiritualidad familiar

Con el matrimonio los esposos se unen y viven sus vidas en común: forman una comunidad conyugal. Cuando llegan los hijos, la comunidad se amplía y se forma una familia completa.

Decimos comunidad y no, no sociedad, porque la verdadera familia es más que una sociedad. Esta última, por ejemplo, de comercio o de deportes está fundada en un contrato e impone obligaciones limitadas; por lo general, tiene un objetivo utilitario; los asociados viven separados y a veces, como en las anónimas, ni se conocen siquiera; se puede salir de ella cuando se quiera.

La verdadera comunidad familiar crea lazos mucho más profundos, fundados en el amor y la voluntad de permanecer juntos. No se propone una meta interesada, sino un intercambio de servicios gratuitos en que, cada uno, se debe dar por entero. Sus miembros forman un “nosotros” lleno de amor. Colma la vida entera:

- Es una comunidad material: casa, muebles y dinero están a disposición de todos.

- Una comunidad física: viven juntos, bajo el mismo techo, con proximidad e intimidad

- Es una comunidad espiritual donde se intercambian pensamientos, sentimientos y esfuerzos; las almas se comunican unas a otras.

- Una comunidad religiosa, en fin, con la fe compartida, la plegaria común, la marcha juntos hacia Dios.

Para que la familia sea esta verdadera comunidad de vida y amor, resulta necesario que en ella se respire y viva una profunda espiritualidad cristiana, que es el estilo con que la familia vive su amor a Cristo. Es la vida que se deja guiar por el Espíritu de Jesús a partir de la experiencia de amor y fe de los que la integran.

La espiritualidad es, pues, una forma concreta, movida por el Espíritu de vivir el Evangelio en la familia. Esta espiritualidad familiar es vida. O más exactamente, una forma de vivir coherente con el evangelio en toda su realidad.

Somos los padres, con nuestro ejemplo y nuestra palabra, los primeros responsables de esta experiencia en el seno de cualquier familia cristiana; y para ello contamos con la gracia de Dios, que en el sacramento del matrimonio nos fue dada, santificando el amor que nos une y que nos llama a hacer de nuestra familia una pequeña iglesia, una iglesia doméstica en la que mediante las prácticas religiosas, dentro y fuera del ho-

gar, fortalecerán y desarrollarán esta espiritualidad cristiana, **en el seguimiento de Cristo, opción fundamental y el sentido de la vida familiar.**

Especial atención pondremos en cultivar y desarrollar la espiritualidad en los niños. Como padres cristianos debemos cuidar, desde los primeros años, la espiritualidad de los hijos. Aún antes del uso de razón rezamos junto a ellos y hacemos sobre su frente la señal de la cruz antes de dormir. En cuanto es posible deben participar con sus padres en la Misa dominical.

Cuando comienzan a comprender les iniciamos en la oración con plegarias sencillas. Procuraremos para ellos una religiosidad que vaya a lo esencial, adaptada a la edad, alegre, que ofrece a la mente del niño la imagen de Dios que es Padre, que es amigo y que es perdón; que se refleje en toda la vida, porque no se trata de cubrir apariencias, sino de vivir la fe que decimos profesar, y en esto el ejemplo de los padres es esencial.

Paulatinamente debemos iniciarlos, impulsarlos y sostenerlos en el camino de la fe, en la formación de sus conciencias y de su libertad, en el temor a Dios y en la solidaridad con sus hermanos, así como en las distintas prácticas de la espiritualidad. Les animaremos a participar con sus ideas y palabras en la oración familiar.

Vías para fortalecer la espiritualidad.

Para que la espiritualidad cristiana se profundice a lo largo de la vida; y se refleje de forma coherente en la misma, tanto en los momentos difíciles como en los venturosos, los cristianos contamos con diferentes prácticas religiosas, que son esenciales para alimentar



y fortalecer nuestra fe, auxiliándonos en ser mejores y más auténticos seguidores

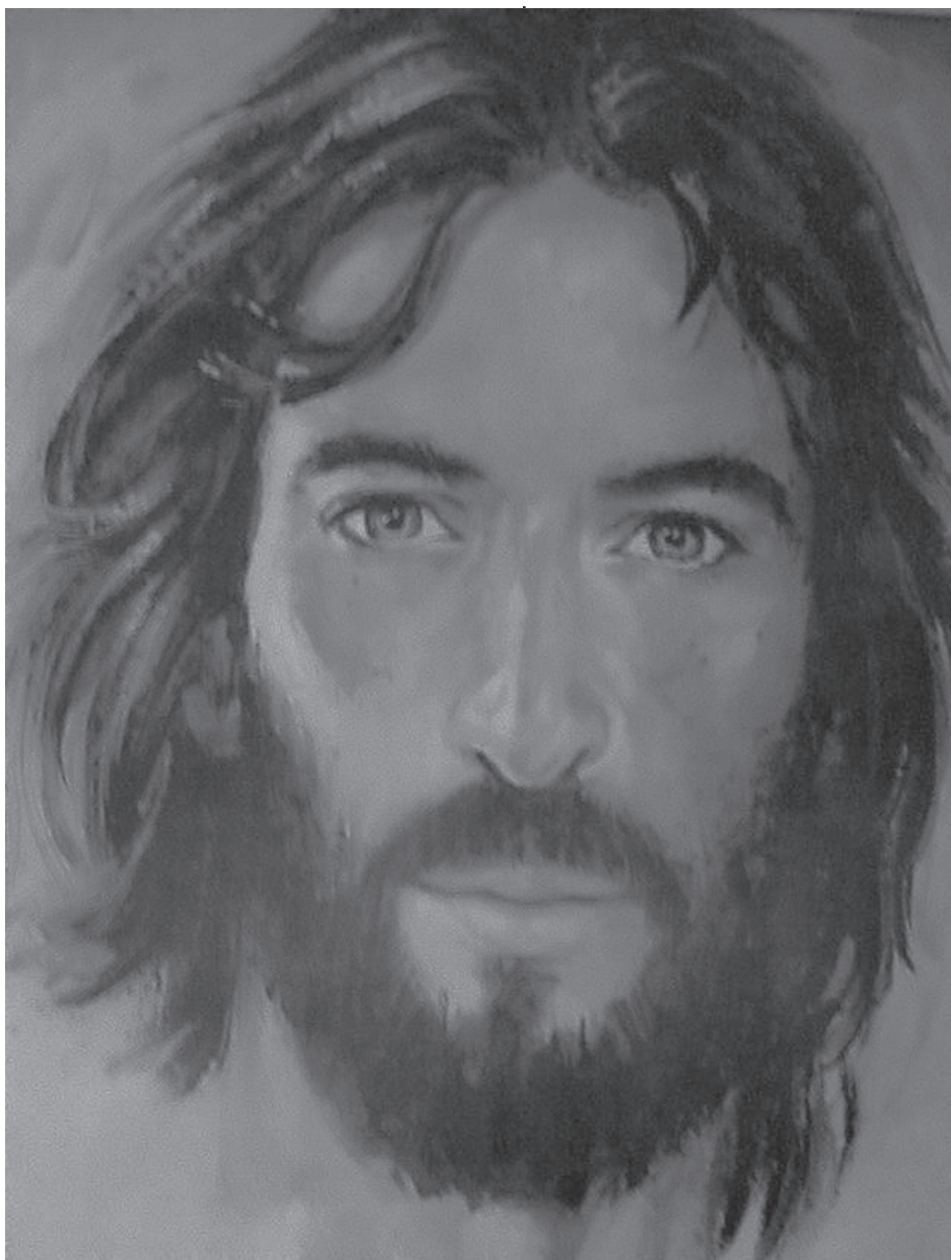
de nuestro Señor Jesucristo. Ellas son:

▪ La asistencia dominical a la Santa Misa. La Eucaristía «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen Gentium*, 11). Es la memoria de Jesús, de su entrega, de su muerte y resurrección. A ella asistimos los cristianos para rendirle culto de adoración, ofreciéndole todas las actividades realizadas en la semana transcurrida, para darle gracias por las cosas buenas que su generosidad nos dio, por la fuerza que nos proporcionó para vencer las dificultades; y para pedirle que, en la semana que se inicia, nos siga acompañando para vivir en su Amor, perseverando en el camino del bien.

La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia en cuanto sellada con la sangre de la cruz (*Jn 19, 34*). Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal, a la vez que en ella el Señor ilumina a la familia con su palabra, y sobre todo, la alimenta con su cuerpo y con su sangre.

Un signo de unidad y amor es participar los cónyuges cristianos, con los hijos, en la Eucaristía dominical

▪ La lectura y meditación de la Palabra de Dios. Es necesario que la lectura asidua y la escucha de



la Palabra se convierta en un encuentro vital que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia. A veces, cuando la fe se pone a prueba y no somos capaces de decirle nada al Señor, podemos hablarle mediante su Palabra, repetirle con su Palabra que queremos seguir confiando en Él.

En la Palabra de Dios la familia cristiana adquiere claridad y afronta con ella su vida y opciones. Por ella se convierte y reemprende

el camino cotidiano. Procuremos en nuestra vida familiar un «momento de la Palabra» que es factor constructivo en la «pequeña Iglesia doméstica». Podemos seguir los temas de oración con la Palabra por los que ofrece la hoja dominical *Vida Cristiana* para cada día de la semana.

• La oración. Ella, según Juan Pablo II, es una conversación con Dios. En una conversación hay siempre un «Yo» y un «Tú». En este caso un «TÚ» con T mayús-



cula. La experiencia de la oración enseña que si inicialmente el «Yo» parece el elemento más importante, uno se da cuenta luego de que, en realidad, las cosas son de otro modo. Más importante es el **Tú** porque nuestra iniciativa parte de Dios (*Cruzando el Umbral de la Esperanza*, p. 38). Por tanto, esta conversación, este diálogo con el que tanto nos ama, no se puede relegar a pocos momentos de la jornada. La oración ha de expresar la actitud fundamental de la vida cristiana, la dimensión profunda del estar mirando al Señor Jesús en las decisiones cotidianas. La oración se lleva hasta el interior de la realidad.

Para alimentar y profundizar toda esta espiritualidad de los casados en el Señor, resulta necesario que los cónyuges creen espacios para la oración en común. La oración es uno de los factores que posibilitan el amor, la entrega total, cualquiera que sean las circunstancias de cada uno.

Es aconsejable, y hasta indispensable, introducir en la vida familiar un mínimo de oraciones y “celebraciones” religiosas. Resulta importante que se tenga en cuenta

la edad de los hijos porque la mentalidad cambia. Resulta más fácil rezar juntos con los pequeños que con los mayores. Cuando un adolescente está atravesando su crisis religiosa, respetemos su intimidad sin imponerle formas exteriores de vida religiosa familiar que le resultarían insoportables.

También, y especialmente en momentos importantes para la familia, ésta debe celebrarlos, ya sean tristes o alegres, personales o sociales; como, por ejemplo, nacimientos, cumpleaños, aniversarios, graduaciones, memoria de seres queridos difuntos, etc. Ya que ello no sólo es agradable a Dios, sino que además se constituye en momentos de reunión, oración y enseñanza que produce frutos de unidad y amor. En esos momentos, al menos en la casa, no debe faltar una plegaria de acción de gracias y de petición de ayuda al Señor. Recordemos el sabio dicho: “Familia que reza unida, permanece siempre unida”

- Acudir al sacramento de la reconciliación o confesión es una condición importante para crecer en el camino espiritual, además del perdón del Señor, es un momen-

to importante para fortalecer la esperanza, el compromiso, la generosidad.

La Palabra de Dios mueve a la penitencia cristiana, reconocernos pecadores, poner nuestra confianza en el Amor del Padre y, en este amor, recomenzar la tarea y la alegría de vivir.

Portadores de todos los pecados personales y sociales; y de faltas que afectan a la convivencia, saboreamos en este sacramento la alegría del perdón y del retorno a la casa del Padre. Convencidos de que las culpas personales se reflejan en la realidad familiar, los miembros de la familia nos pedimos perdón uno al otro, con sencillez, sinceridad y oportunidad: los padres a los hijos, los jóvenes a los ancianos, y viceversa. Los cónyuges, en particular, nos pedimos perdón, en primer lugar, el uno al otro.

Bajo esta luz, asume un significado particular el intercambio de la paz en la Celebración eucarística en la cual, los miembros de la familia, al participar juntos somos signo de la reconciliación alcanzada y al mismo tiempo, somos llamados a una constante conversión.

- De igual manera la familia participará y celebrará los tiempos fuertes del año Litúrgico (Adviento y Navidad, Cuaresma y Pascua, Pentecostés) así como en otras prácticas propias de la espiritualidad cristiana.

Es fácil constatar que no se necesitan actos extraordinarios para el camino del seguimiento de Jesús, sino que sencillamente existe una dirección a tomar, un camino a recorrer, una confianza que se ha de consolidar.

